

«riquezas, porque uno que posee esta preciosa «joya de la caridad se la dé (si el tal conoce «perfectamente su valor), todo lo tendrá en nada». No dice estimará cada cosa en lo que es, y pareciéndole poco pedirá más, sino todas las riquezas, honra y autoridad real, alhajas y regalos, despreciará como si en verdad fuesen nada. Decidle á un hombre enamorado de Dios que deje de amarle y que le daréis todo el mundo, y responderos ha lo que Cristo al demonio, que le quería comprar el amor de su Padre (1): *Vete hacia atrás, adversario, que sólo Dios ha de ser adorado y servido*. Por conservar en sí el amor de Cristo estimaba el Apóstol todas las cosas en lo que se suele estimar el estiércol y basura de los muladares. Al Bautista le ofrecen el Mesíate, de consentimiento y acuerdo de todo el Senado de Jerusalén, por que pierda la afición á Cristo, y fué como si no le ofrecieran nada. Véndanse, pues, todas las cosas que son y pueden ser, y cómprese esta margarita, que sola ella nos tiene ricos de los bienes de la gracia y nos asegura los de la gloria, la cual tenga por bien darnos el que quiso más morir en la cruz que faltar al amor y caridad de su esposa la Iglesia, firmamento y columna de toda verdad.



CAPITULO XIV

DE LA EMBRIAGUEZ DEL AMOR

BERCÁNDONOS vamos á la bodega del vino, y plegue á Dios entremos en ella, para que gustemos lo que la esposa, que, saliendo de este dichosísimo lugar, dice: *Comido he mi panal con mi miel; bebido he mi vino con mi leche*. Y porque le ha sabido bien este vino, como tan caritativa, convida, no á todos sin diferencia, sino á los muy amigos, para que lo prueben y beban de ello hasta quedar embriagados (2). *Bebed y embriagaos los muy queridos*. El profeta Isaías convida á todos los sedientos á beber de las aguas que verdaderamente matan la sed del alma, pero no persevera en su primer intento; porque habiendo convidado á beber agua, dice (3): que *compremos de balde vino y leche, y que comamos el bien, que comido deleita y regala el ánima con su gordura*. Es el secreto y misterio de este lugar, y del de los *Cantares*, que, siendo una cosa sola á la que somos convidados, conviene á saber: el amor

(1) Matt., 4.

(2) Bibite et inebriamini charissimi.—*Cant.*, 5.

(3) Isai., 55.

y caridad de Dios, por los diversos efectos que causa en nosotros, unas veces se llama *vino*, otras *leche*, otras *miel* no exprimida sino en el propio panal, otras *agua*, otras *todo el bien*.

Galanamente dijo esto Rábano en un sermón por estas palabras: «El amor divino en la meditación es fuego que purifica el alma de las suculdades de los vicios; en la oración es luz que esclarece el alma y la baña con el resplandor y caridad de las virtudes; en el hacimiento de gracias es miel que endulza y azucara el alma con la dulcedumbre de los beneficios divinos; en la contemplación es vino regalado, que embriaga el alma con delectación jocunda; en la eterna bienaventuranza es sol resplandeciente, que con serenísima luz clarifica el alma, y con un calor gustosísimo inefablemente la alegra y llena de jubilación». Hasta aquí son palabras de Rábano, de las cuales, y de lo que la esposa nos ha dicho, se colige que la embriaguez es efecto del amor, y, propiamente hablando, es enajenamiento de los sentidos; porque de la manera que, el que está tomado del vino, de sí y de todas las cosas se olvida, así, el que está tomado del amor de Dios, de tal suerte endereza su afecto á Él, que, fuera de Él, de ninguna cosa tiene acuerdo ni memoria. De esta embriaguez hizo mención el Profeta en un salmo, diciendo (1): «Serán embriagados de la abundancia y

(1) Ps. 35.

«fertilidad de vuestro palacio soberano, y del torrente de vuestro deleite los daréis de beber hasta la embriaguez».

San Buenaventura dice que *el deleite de Dios es Cristo*; porque, los escogidos, exteriormente son recreados en la vista de su carne, é interiormente en la contemplación de su divinidad. Y Orígenes, declarando las palabras de la esposa, que dice: *Comí mi panal con mi miel*, afirma «que el panal es la humanidad de Cristo, y la miel es la dulcísima divinidad escondida en aquella virginal cera». Con la consideración de este escondrijo, lleno de admiración exclama San Agustín, diciendo: «¡Oh guarida penetrable y secreto dulce! ¡Oh secreto sin tedio, sin amargura de malos pensamientos y sin interpolación de tentaciones y dolores! Este es aquel gozo adonde se manda entrar al siervo fiel, y de quien dijo San Isidoro: «Lleno el corazón, llena la boca y lleno todo el hombre de este gozo, aún sobra gozo». Por eso le dicen al siervo que entre, que los gozos de este mundo entran en el alma y no la llenan; pero éste es tan grande, que no cabe todo en el alma, y por eso se le manda que entre en él; porque en el gusto de la divinidad no se mezcla amargura, antes es el alma rodeada y bañada toda de gozo y como empapada en él. Bendita sea casa tan abundante, donde no se bebe por tasa, y río tan caudaloso, que, bebiendo tantos, nunca se agota. De este río se destilan algunas gotas con que las

gargantas secas de las almas santas puestas en este destierro se refocilan, y son de tanta eficacia en ellas por su demasiada dulcedumbre y suavidad, que las hacen salir de sí. «Oye, dice Ricardo (1), á un hombre tan tomado de este vino, que ignora lo que cerca de sí pasa. *Cuando fuí arrebatado* (dice San Pablo), *ni sabía si estaba en el cuerpo ni si fuera del cuerpo* (2). Grande embriaguez, por cierto, la que no solamente causa olvido del mundo, sino de la propia persona». Y más abajo dice el mismo Doctor: «No es la embriaguez enajenamiento sólo de los sentidos, sino infusión de nueva gracia y manifestación de los celestiales secretos, especialmente cuando el vino es muy escogido y de aquel que se bebe en la casa de Dios, de que dijo el Profeta (3) que *estaban tomados los moradores de ella*. Quien quisiere, pues, embriagarse con este vino y frecuentar los excesos y revelaciones místicas, «trabaje (dice Ricardo) de amar íntima y sumamente al Redentor de los hombres, y con sumo deseo anhele todas las horas y momentos al gozo de la divina contemplación». Porque cuando nuestra ánima, siendo recreada, ó, por decir mejor, embriagada con la abundancia de aquella interior dulcedumbre, totalmente se olvida de lo que es y ha sido y de sí misma, con la de-

- (1) Ricardo.—Lib. de Patriarchis, c. 18.
 (2) II Corint., 12.
 (3) Ps. 35, 9.

masía de su alegría, es llevada al exceso y enajenamiento que hemos dicho, y transformada por breve espacio en un sobremundano afecto, debajo de un estado de maravillosa felicidad. «Y no te maravilles de esto, dice Vercelense (1): tanta es la virtud del verdadero amor, de la bondad y hermosura, que no solamente hace que los hombres y los ángeles casi salgan de sus propias naturalezas, sino que, en cierta manera, hace salir á Dios de Sí (sin tener adónde); porque, condescendiendo con sus criaturas, parece que se hace inferior á ellas andando entre ellas y proveyéndolas en sus necesidades». Fray David (2), varón de admirable y alta contemplación, afirma: «que *embriaguez del espíritu* se puede decir *cualquiera devoción de grande amor y de excesivo gozo*, de la cual, como de la fortaleza del vino, de tal manera crece el fervor del espíritu, que no se puede reprimir y detener dentro de sí». Así se creía de los Apóstoles, llenos del espíritu de Dios, que lo estaban de vino; y uno de los amigos del santo Job confiesa de sí que sentía este mosto dentro en su corazón, con tanta fuerza, que parecía querer reventar, y dice (3): *Mi vientre* (esto es, mi corazón) *es hecho como el mosto que no tiene respiradero, que*

- (1) Vercel. in prologo super Cant.
 (2) Fray David, fraile menor, *De profectu religiosorum*.
 (3) Venter meus quasi mustum absque spiraculo, quod langunculas novas dirumpit.—Job, 32.

rompe las vasijas nuevas. Nuevas dice, y no viejas, porque en los corazones envejecidos con pecados no se infunde tal devoción como ésta, ó porque los nuevos no pueden sufrir tal fervor del espíritu; porque las almas de poco tiempo ejercitadas pueden menos retener la fuerza del espíritu, y rompen en voces y gestos no usados, sollozos y júbilos, como el vino nuevo salta y bulle en el vaso, el cual, trasañejado, se quieta y reposa.

Un ejemplo admirable tenemos de esto en el libro de las conformidades de nuestra Orden, donde se cuenta que orando una vez nuestro Padre San Francisco, y pidiendo afectuosamente á Dios el riquísimo tesoro de la pobreza, fué visitado divinalmente, y de tal manera inflamado en el amor y codicia de la dicha pobreza, que, como si él estuviera embriagado, parecía salir de su rostro y del aliento de su boca como unas llamas de fuego ardiendo. Fué, pues, á buscar á Fray Maseo, su compañero, y, así inflamado, con gran vehemencia decía: ¡Ah!, ¡ah!, ¡ah!, hermano Fray Maseo, dame á ti mismo. Lo cual dijo tres veces. El santo Fray Maseo, espantado y atónito de tan vehemente fervor de espíritu, oyendo decirle tres veces que se le diese, se arrojó todo en sus brazos. Y el glorioso Padre Francisco, con una respiración grande y con un clamor fuerte, rebosando espíritu, y diciendo ¡ah!, ¡ah!, ¡ah!, levantó á Fray Maseo con el soplo en el aire, y le arrojó delante de sí tanta

distancia como una lanza larga. Lo cual viendo Fray Maseo, quedó como pasmado, y contó después á sus compañeros que en aquel impulso del santo Padre recibió la mayor consolación y alegría que en todo el discurso de su vida había recibido. Débese, pues, notar que, algunas veces, de la redundancia de la embriaguez del espíritu en su manera parece estar el cuerpo embriagado, y los miembros se hacen inhábiles y sin poderse doblar. Y la razón de esto puede ser porque todos los espíritus se derraman por diversas partes con el inflamado afecto del corazón, porque de la extensión de los nervios y obstrucción ó tapamiento de las vías de los espíritus animales pierden los miembros la habilidad de sus oficios, de manera que ni la lengua acierta á hablar, ni las manos ni los pies se mueven á una ni á otra parte, hasta que se remita este fervor y se abran como antes las vías de los espíritus. Ni hay de qué maravillarnos de que las afecciones divinas puedan hacer estas cosas, cuya virtud es tanta; pues lo pueden las humanas como un repentino terror, una demasiada ira, ó alegría, ú odio, ó amor carnal. Bien lo vimos en Amón, hijo de David, el cual enfermó por amor de Thamar, hermana hermosísima de Absalón (1). De otros muchos tenemos noticia que han padecido éxtasis, pasmo y frenesí con la fuerza del amor, y sus miembros han quedado,

(1) III Regum, 13.

con temblores y sin movimiento, yertos. Pues si esto es así, ¿qué mucho que, con la demasiada alegría que el Espíritu Santo infunde en el corazón del hombre, haya algunos que, no pudiendo contenerse, den voces y muestren con señales exteriores la interior alegría? Vemos muchas veces reírse á algunos de manera que parecen locos, sin alguna ó con muy liviana ocasión, y esto sin poderse ir á la mano; pues ¿quién la tendrá para resistir á la divina virtud, tan intolerable á la flaqueza del cuerpo humano? No es posible encerrar fuego en un vidrio, y que el vidrio, estando cerrado, no salte y se quiebre; ni entrar el espíritu de Dios, que es fuego, en el corazón del hombre, y que, dilatado y extendido con él, deje de brotar y de dar de sí muestras exteriores de lo que dentro arde. Así leemos de algunos Santos que, visitados de Dios, cayeron en tierra porque les faltaron fuerzas, como de Daniel cuenta la Escritura (1).

San Buenaventura dice (2) «que antes que nuestra ánima venga al sueño y raptó á que pocos llegan, suele experimentar dos maneras de embriaguez: la primera es una abundancia de alegría en el corazón y una vehemente jubilación del alma, la cual, por el intenso deseo de la vida eterna, ó por la devota consideración de la Pasión de Cristo, ó por gran fervor de amor

(1) Daniel, 8.

(2) S. Buenav. in *Stimulo amoris*.

singular á Dios, viene á nuestra mente de una cierta nueva y divina irradiación infusa. Y esta alegría abunda tanto en el corazón que, como queda dicho, redundando en los miembros del cuerpo, haciendo que todos estén alegres. Y la tal alma, por el demasiado gozo, á la manera del que está tomado del vino, precipitadamente anda sin tener ni sufrir quietud; todas las criaturas que halla con la grandeza del amor de su Dios las abraza, sin hacer caso de lo que es terreno, porque todo lo juzga vano. La segunda manera de embriaguez es, cuando con demasiada suavidad es lleno el corazón por el familiar trato y compañía de Dios. Esta suavidad viene por la quietud de la contemplación, y extiéndose, como la pasada, al hombre exterior, de manera que el interior y el exterior parece que están destilando y rebosando miel y dulcedumbre. La primera embriaguez, con la mucha alegría no sufre quietud; esta segunda, por la demasiada dulzura, hace que el alma se quite; y si no es tan intensa que pasa hasta el sueño, no quita totalmente el sentido ni los particulares actos, aunque, á la manera del tomado del vino, no los deja libres; y aunque la una y otra manera de embriaguez son gustosas y provechosas, la segunda, que es causada de la demasiada dulcedumbre, es algo sospechosa, y es razón que el alma tenga recato en ella». Pues (como dijo el Apóstol) suele Satanás transfigurarse en ángel de luz y procurar tales dulzuras á los contemplativos, no para re-

crearlos, sino para engañarlos, haciéndoles creer que son algo, para que, llenos de soberbia, miserablemente sean desechados de Dios, el cual permite que algunos no verdaderos amadores suyos, sintiendo en sí esta falsa dulcedumbre, sientan de sí magníficamente despreciando á los demás y, estando muy apartados de Él, juzguen de sí que están muy cerca. ¡Oh con cuánta diligencia se debe mirar que, cuando sucediere convertirse nuestra alma á Dios, que en ninguna manera apartemos de Él nuestro corazón, para que, si hubiéremos de tomar algún gusto, sea sólo en Él; y, si estando de esta manera el tal gusto, se dilatase y creciera, bien podemos creer que es de Dios; y, si se remitiera ó aniquilare, que es del demonio!

Y por que demos remedio de una vez á todos los lazos del demonio, aquel se librá de ellos que de «toda visitación divina se tuviere por indigno y, cuando la recibiere, perseverare en humildad y crezca en hacimiento de gracias».

Una dificultad nos queda acerca de este capítulo, cuya solución no es menos importante que lo que, hasta ahora, de la espiritual embriaguez habemos dicho, y es la siguiente: Consultada la lengua latina, lo mismo significa *embriaguez* que *cosa sin medida*, ó demasiada, y parece que no viene bien afirmar que, viviendo en este destierro, pueda llegar un alma á estar demasiada en el amor de Dios; porque nos consta de la Escritura que este cuerpo que se corrompe, y poco

á poco se va desmoronando, agrava y apesga al alma, y no la deja con libertad de vacar á Dios. Para responder á esta dificultad, se debe notar que el amor de Dios en el hombre se puede considerar de tres maneras. Lo primero en sí mismo, y así es *finito*, y tiene su peso, número y medida, como otra cualquiera criatura. Lo segundo se considera según las circunstancias del que ama, y así se le han de poner como á los otros actos de las demás virtudes. De manera que se ejercite, cuando conviene, adonde conviene, cuanto, y como conviene, por la liga que tiene con el cuerpo, el cual, por el exceso de la contemplación, peligraría ó recibiría notable daño. Lo tercero se considera en orden al objeto, esto es, en cuanto mira á Dios, el cual todo é infinitamente es digno de ser amado, y, según esto, ni puede haber exceso ni demasía en amarle, ni conviene que se le ponga modo, como ni le ha de haber en alabarle, porque excede de toda alabanza, como dice el Eclesiástico (1). De aquí es que San Buenaventura, en su *Soliloquio*, dice que la previa disposición para alcanzar la dulcísima y templada embriaguez del espíritu es la elevación del entendimiento, mediante la cual el ánima es apartada de las cosas terrenas y levantada sobre sí misma y sobre todas las criaturas, de suerte que pueda decir con la esposa: *Entróme el Rey en su bodega y dióme el vino ado-*

(1) Eccles., 43.

bado, de que beben los amigos, y se embriagan los amicísimos. ¡Oh bienaventurada embriaguez, á la cual se sigue tan casta templanza del alma y cuerpo!

Advierte el mismo San Buenaventura, en el lugar citado, que, aunque la causa de amar á Dios sea el mismo Dios, y el modo sin modo, podemos tener alguno de lo que hallamos escrito en el Deuteronomio, adonde, obligando por ley al amor, especificó el modo con que quería ser de nosotros amado, diciendo (1): *Amarás á tu Dios de todo tu corazón, de toda tu ánima y de toda tu fortaleza*. Pero parece que no es esto dar modo al amor, sino orden á las potencias del alma, con las cuales se ha de ejercitar el amor. Pero sea lo que fuere, alma mía, lo que yo os pido ahora es que améis con amor singular á Dios Padre, que de nada os crió con tanta nobleza, y á Dios Hijo, que por medio de su muerte tan inefablemente os reformó, y á Dios Espíritu Santo, que, con tanta misericordia consolándoos, muchas veces os apartó de los pecados, y os confirmó en el bien. «Amad á vuestro Dios *dulcemente*, como dice San Bernardo, para que, por el amor suyo, todo otro amor sea vil en vuestros ojos, y éste sólo sea para vos miel en la boca, melodía en el oído y júbilo en el corazón; amad á vuestro Dios *prudentemente*, para que vuestro amor en sólo Él, y no en otro alguno, continua-

(1) Deuter., c. 6.

mente arda. Amadle *fuertemente*, para que vuestra fragilidad sufra con alegría todas las cosas duras y ásperas por Cristo, de manera que podáis decir: Apenas es mi trabajo de una hora; y, si más es, no lo siento por la grandeza del amor».

